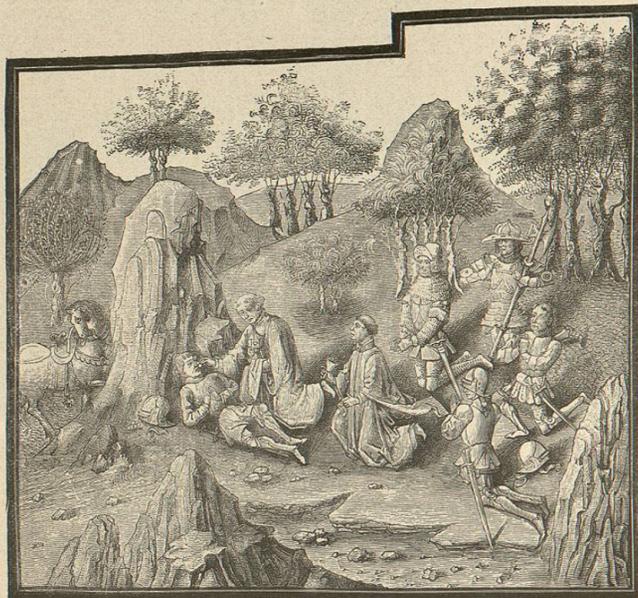


su indignación fué tan grande, que muchos de sus consejeros le propusieron proceder sin consideración, apoderarse de la persona del rey y hacer coronar rey de Francia á su hermano Carlos de Berry. No llegó el duque hasta este extremo, pero aprovechó la ocasión para sacar toda la ventaja posible de la posición de Luis, sin atender á las seguridades que ambos se habían dado al estipular la entrevista, ya que el rey había sido el primero en no fiarse de ellas. Viéndose Luis en poder de su contrario por su propia culpa, es decir, por haber sido demasiado desconfiado y astuto, tuvo que someterse, so pena de pasarlo peor, á todas las condiciones que al duque Carlos de Borgoña plugo dictarle en el convenio que ambos firmaron en Peronne el 18 de octubre de 1468.

El rey juró solemnemente observar este convenio en todas sus partes, con la reserva mental de rasgarlo á la primera ocasión favorable y tomar terrible venganza de la humillación inaudita que se le imponía. No fué la condición más vergonzosa y cruel de este convenio la que obligaba á Luis á indemnizar á su hermano, Carlos de Berry, siempre dispuesto á servir á los enemigos del rey como pretendiente de la corona, y á darle, en cambio de la Normandía, la Champaña con el país de Brie; pero verdaderamente diabólica fué la obligación que se le impuso de auxiliar con sus tropas, mandadas personalmente, al duque de Borgoña en su inmediata expedición contra la ciudad de Lieja. Sin embargo, Luis no se murió por eso de vergüenza. Mas dura fué todavía la condición de



Escenas de la vida francesa en el siglo XV.

10. Sacerdote administrando el Santo Viático á un guerrero moribundo (*Miracles de Notre Dame*, de Juan Mielot).

eximir á la Flandes y la Picardía de la jurisdicción y autoridad del parlamento de París, y de que el rey renunciara á todos sus derechos soberanos sobre estos territorios. Por último todavía vino á coronar esta serie de humillaciones la condición de que respecto de los convenios de Arras y Confians el rey se sometiera á la interpretación que pluguiera darlos el duque de Borgoña, el cual así quedó único árbitro.

El rey Luis, toda vez que se hallaba en poder de su enemigo más poderoso, no tenía por lo pronto otro deseo sino salir de la situación terrible en la cual él mismo se había metido por efecto de su diplomacia tortuosa; y cuanto se le pidió, otro tanto concedió y juró cumplir. Mientras en su interior juraba vengarse del ultraje y de la humillación nunca vista de verse degradado hasta ser sayon de su vasallo, se dominó y parecía no tener más cuidado que convencer á este último de la sinceridad purísima de sus intenciones y quitarle toda duda respecto de ellas poniéndose activa y solícitamente á su servicio. La falsedad é hipocresía que en aquella época turbulenta y de transición entre dos eras, eran cosas corrientes en la vida moral y política, en ningún caso aparecen puestas más en relieve que en las relaciones entre Luis XI y el duque de Borgoña. Hipócrita muy cur-

tido debía de ser el rey cuando acompañó con su fuerza armada á Carlos contra la ciudad de Lieja á la cual él mismo había instigado á sublevarse. Lieja contaba todavía á la sazón con el auxilio de Luis XI, y éste, por el contrario, iba á contribuir y coadyuvar con las armas á la ruina de la ciudad y al exterminio de sus habitantes. En semejante situación fué inútil el heroísmo de los habitantes de la ciudad infortunada, que fué tomada por asalto el día 30 de octubre. Las tropas borgoñonas desenfrenadas hicieron un degüello general entre los infelices habitantes, cuya sangre inundó las casas y las calles y cuyos cadáveres amontonados impedían el tránsito; grandes masas de fugitivos fueron precipitadas al río Mosa; las mujeres casadas y solteras sirvieron á los placeres bestiales de la soldadesca feroz, y cuando los vencedores estuvieron cansados, pegaron fuego á las ruinas y redujeron á cenizas aquella ciudad, antes tan próspera y rica. Todo esto tuvo que presenciar Luis XI, y no contento con esto se deshizo en demostraciones de alegría por el triunfo del vencedor, para engañarle mejor respecto de sus intenciones verdaderas, pues todavía se encontraba en su poder.

Es de creer que Carlos de Borgoña, cuando después del

castigo de Lieja, cuyos habitantes se habían lanzado al combate decisivo al grito de «¡Viva Francia!» dejó marchar á Luis XI, estuviera firmemente convencido de que le había desacreditado y arruinado completamente en la opinión de los franceses, reduciéndole de consiguiente en política á impotencia perpétua con haberle obligado á hacer un papel tan vil que no hay términos para calificarlo. Pero muy pronto pudo convencerse de que se había equivocado.

Luis XI llevó de Peronne y de Lieja, por las humillaciones sufridas, un odio inextinguible al duque de Borgoña; en todas partes creía descubrir el brazo, el oro y las intrigas de aquel enemigo suyo, el cual parece en efecto que estaba en inteligencia con personas las más inmediatas al rey. En presencia de Luis XI estaba prohibido pronunciar hasta el nombre de Peronne, y terrible fué el castigo del cardenal de Value, que había inducido al rey á la entrevista con Carlos, y de quien Luis sospechaba que había estado en connivencia con el duque para entregarle en sus manos. El cardenal fué despojado de todos sus bienes, llevado al castillo de Ozain, cerca de Blois, y encerrado como una fiera en una jaula hecha de maderos de roble ensamblados con sólidos garfios y abrazaderas de hierro, dejándole solamente un espacio un pie más alto, más largo y más ancho que la altura usual de un hombre; calabozo-jaula inventado y recomendado al rey, según se cree, por el mismo cardenal para halagar sus caprichos de tirano. Igual castigo recibieron los secuaces del cardenal, como el obispo Guillermo II de Verdun, que estuvo encerrado en la Bastilla, sin que ni las súplicas del Papa consiguieran ablandar al soberano ni obtener el menor alivio para los dos presos.

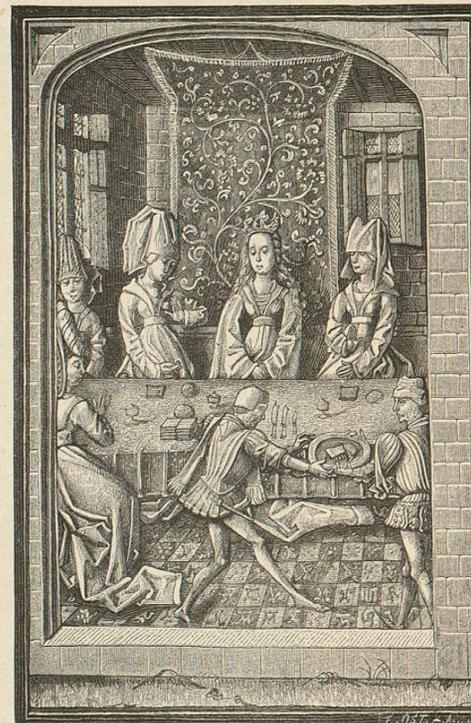
Uno de los objetos principales del rey fué alejar del partido borgoñón á su hermano Carlos, cuya ambición turbulenta siempre había dado oídos á las promesas seductoras del duque de Borgoña y de su partido, que en este príncipe tenían su arma más peligrosa. El rey ofreció á este su hermano en lugar de la Champaña y del país de Brie, que le tocaban según el tratado de Peronne, el ducado de Guiena, muchísimo mayor y más rico que la Champaña y Brie. Esta permuta tenía para el rey la ventaja de alejar á su hermano de la vecindad del duque de Borgoña. Carlos aceptó el trueque, y de esta manera quedó restablecida la paz y concordia en el seno de la familia real, no obstante todas las maquinaciones en contra del duque de Borgoña.

Mas que todo favoreció á Luis XI el cambio político que ocurrió en el año 1470 en Inglaterra, donde con el apoyo de Luis había desembarcado la reina Margarita, esposa de Enrique VI, prisionero de Eduardo IV, y con el auxilio del poderoso conde de Warwick había logrado arrojar del país á Eduardo, el cual buscó asilo en la corte de su hermana, casada con el duque de Borgoña. Volvió, pues, á sentarse en el trono de Inglaterra un Lancaster amigo de Francia; y ni de él, ni de Margarita, ni del hijo de ésta el príncipe Eduardo, ni de sus poderosos partidarios los dos condes de Warwick tuvo nada que temer Luis XI, ni tampoco el duque de Borgoña pudo esperar auxilio de ellos; de suerte que exento de todo peligro de intervención de parte de Inglaterra y teniendo en el interior completa libertad de acción pudo hacer sus preparativos para recuperar la autoridad soberana dentro del ámbito de toda la Francia; y no dejó pasar tan favorable situación sin aprovecharla con decisión y rapidez.

En el mes de noviembre de 1470 reunió en Tours una asamblea de notables de su confianza, sacados del clero, de la nobleza y del alto personal de gobierno, y le expuso todas las ofensas que había tenido que sufrir de parte del duque de Borgoña, presentando contra él una acusación en

ESTADOS DE OCCIDENTE

toda regla por muchas infracciones de la fidelidad como vasallo de la corona de Francia. La asamblea, consultada de esta manera directamente, decidió que el soberano quedaba desligado de su juramento respecto de un vasallo que faltaba así á los suyos; declaró nulo en particular el convenio de Peronne, arrancado al rey á la fuerza, y resolvió que el rey tenía no solamente la facultad, sino también el deber de proceder contra el duque conforme á derecho, es decir, de retirarle por felonía los feudos. Además la asamblea declaró que todos los que la componían estaban prontos á sostener fielmente al rey en la lucha que necesariamente había de



Escenas de la vida francesa en el siglo XV.

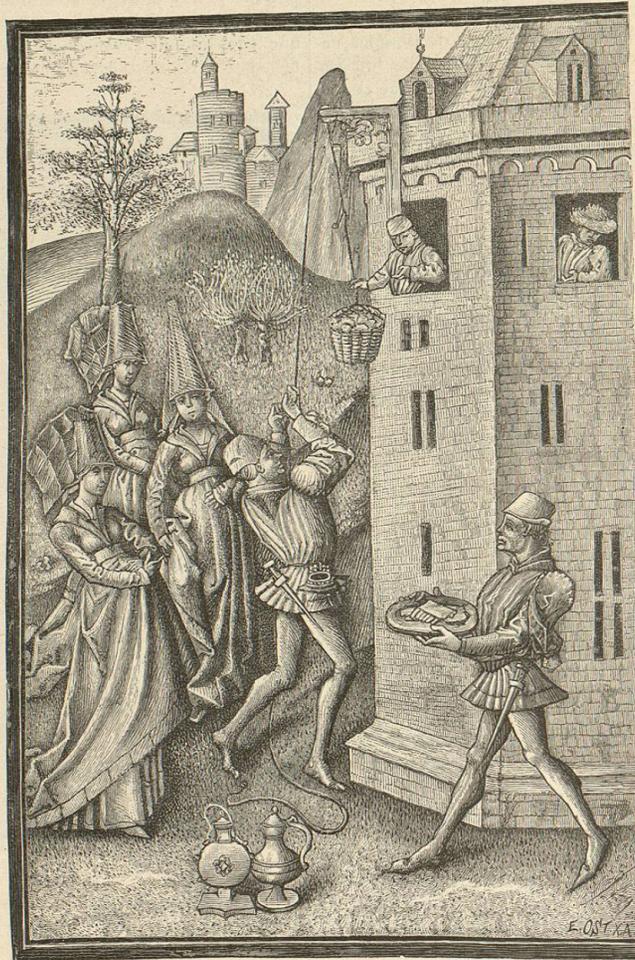
11. Una princesa comiendo (*Miracles de Notre Dame*, de Juan Mielot).

estallar con este motivo. En seguida, fué citado el duque á comparecer ante el parlamento de París para dar personalmente sus descargos; y al propio tiempo las tropas del rey penetraron en la Picardía y la ocuparon sin gran dificultad, mientras otras fuerzas atacaban á la misma Borgoña. No esperaba el duque tanta energía y rapidez, y viéndose tan vigorosamente sorprendido tuvo que solicitar una tregua, la cual dejó al rey de Francia en posesión de las comarcas y ciudades que acababa de ocupar. Mas en 1471, antes de que con la estación favorable volvieran á emprenderse las hostilidades, ocurrieron en Inglaterra sucesos que empeoraron en gran manera la situación del rey.

Eduardo de York, saliendo de los Países Bajos, había desembarcado en Inglaterra y recobrado el trono; con lo cual la situación, hasta entonces favorable al rey de Francia, sufrió un cambio enteramente contrario. Los partidarios del duque de Borgoña, es decir los nobles de la liga, seguros ya del poderoso apoyo que Inglaterra concedería al duque,

volvieron á alzarse amenazadores contra Luis XI; y mientras el duque de Borgoña, que conservaba preso al mensajero portador de la citacion ante el parlamento de Paris, ponía todas sus fuerzas sobre las armas, alzóse también contra el rey el duque de Bretaña. Al mismo tiempo, Carlos de Guiena, el hermano del rey, á pesar del arreglo ventajoso que había hecho con su hermano, volvió á rebelarse contra

él y llamó á su auxilio los restos de las terribles compañías de Armagnac que se habían retirado á las vecinas comarcas españolas. Tomaron también el partido de Borgoña los condes de Foix y de Brienne, de modo que en poco tiempo estuvo sobre las armas todo el Oeste de Francia desde los Pirineos hasta la Normandía. Las fuerzas de los rebeldes eran inmensamente superiores á las del rey, y á esto se agregaba



Escenas de la vida francesa en el siglo xv.

12. Mujeres de clase elevada delante de una torre proveyendo de víveres á los que en ella se encuentran presos (*Miracles de Notre Dame*, de Juan Mielot).

la terrorífica perspectiva de la intervencion armada de Eduardo IV de Inglaterra.

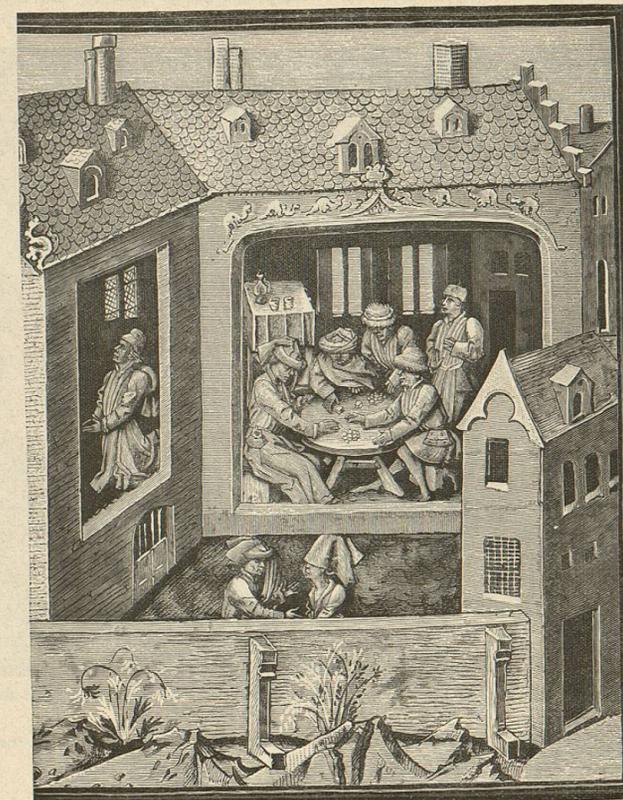
En cambio tenía el rey de su parte el corazón del pueblo francés, porque el pueblo sabía que la victoria de los partidarios de la liga significaba el desmembramiento de la Francia en multitud de Estados y la destruccion de la unidad nacional francesa. A esto se dirigian, en efecto, los esfuerzos y esperanzas de los magnates rebeldes, como lo prueba la expresion que se escapó de los labios de Carlos de Borgoña cuando ya creía ser dueño de la situacion: «Francia, dijo, tendrá en adelante en lugar de un rey, seis.» Por supuesto que no se trataba de descomponer la Francia precisamente

en seis reinos, sino de la completa independendia soberana de todos los magnates, como los duques de Borgoña, Bretaña, Guiena y otros.

El pueblo francés se vió, pues, en la alternativa de ponerse al lado del rey, aunque ni su persona ni su manera de gobernar tenían nada de simpáticas, para contribuir á la conservacion y consolidacion de la unidad nacional, que tanto había costado conquistar, unidad defendida por un rey resuelto á hacer prevalecer sobre todos los privilegios y fueros los derechos de la monarquía, ó de dejar que la Francia se descompusiera en un número de Estados medianos y pequeños, propiedad de nobles insolentes, enemigos de las

clases media y rural, y continuamente en guerra entre sí. La opcion no era dudosa, y como era natural despues de la experiencia de los últimos años, el pueblo francés se decidió por la monarquía y por su representante Luis XI, asegurando así á ambos la victoria final. Con gran maestría supo el rey despertar cierto entusiasmo por su causa entre la masa del pueblo de la capital, á cuyo fin se sirvió hábilmente de la Iglesia y del aparato religioso, y mientras aguardaba el ataque á la cabeza de un ejército fuerte, bien pertrechado

y disciplinado, muy diferente de las bandas armadas de la liga, procuró por todos los medios posibles, siempre tenebrosos, debilitar las fuerzas de sus enemigos y sembrar la discordia en sus filas. Poco adelantó por este lado, y muy particularmente resultaron inútiles cuantos esfuerzos hizo para hacer abandonar la liga y ponerse de su lado á su hermano Carlos, duque de Guiena, que resistió á las promesas mas halagüeñas porque no equivalian para Carlos á la esperanza de sustituir á su hermano Luis en el trono y de ca-



Escenas de la vida francesa en el siglo xv.

13. Jugadores. (*Miracles de Notre Dame*, de Juan Mielot.)

sarse, segun le había propuesto el duque de Borgoña, con la única hija y única heredera de éste, la joven princesa María. Hay motivo para creer que el duque de Borgoña jamás pensó seriamente en dar su hija al duque Carlos de Guiena, porque este proyecto disgustó mucho al rey de Inglaterra, aliado del duque. En efecto, á quedar vencedora la liga y efectuándose el casamiento, Carlos de Guiena sería dueño de Francia y de Borgoña, que juntas compondrían una gran potencia, la cual habría sido para Inglaterra una amenaza permanente. Así quedó toda la situacion indecisa aguardando una solucion, y durante un año poco mas ó menos permanecieron armados frente á frente en actitud expectante el rey y los rebeldes.

En estas circunstancias murió Carlos de Guiena, sin sucesion, el 24 de mayo de 1474, dejando al rey, su hermano, heredero indisputable de su territorio, y con esta adquisicion dueño de la situacion interior, por lo menos. Por su-

puesto que en vista de tan súbita fortuna corrieron voces que atribuyeron el cambio á alguna conspiracion urdida por el mismo rey, el cual, segun se dijo, habiendo ganado al capellan de palacio y éste al jefe de cocina del duque, había hecho envenenar á Carlos. El capellan y el cocinero fueron presos por la gente del duque y entregados al de Bretaña, pero antes de que fueran llamados á declarar, fueron encontrados muertos en el calabozo, y segun se dijo también jugó en estas muertes la mano del rey, á fin de impedir que los presos le comprometieran con sus declaraciones. No puede negarse que el carácter y la situacion angustiosa en que se encontraba Luis XI hacian muy verosímil lo que la gente murmuraba, pero nada está probado, y por otra parte hay que tener presente que los adversarios del rey lo aprovechaban todo para calumniarle y desacreditarle en el concepto de sus vasallos y súbditos. El rey, mientras sus adversarios consternados se ocupaban en presentarle á los